

Después de casi cuatro meses de asedio, el 16 de septiembre de 1410, los castellanos entraron al asalto en la *Antakira* islámica. Varios días después, los antequeranos pactaron con el infante don Fernando de Trastámara la entrega definitiva de la villa y de su fortaleza. Los musulmanes vencidos fueron obligados a abandonar progresivamente su localidad y marchar libres hacia Archidona y Granada, bajo la protección de los nuevos dueños de Antequera, convertida en una estratégica plaza fronteriza, que hasta 1492 sería la puerta del antiguo reino nazarí.

La toma de Antequera y el infante don Fernando

La batalla por la plaza fronteriza librada hace más de 600 años

MANUEL GARCÍA FERNÁNDEZ

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

AH
JULIO
2011
40

Desde finales del siglo XIII, una vez los cristianos dueños por completo de las grandes ciudades del valle del Guadalquivir y organizado ya militarmente el reino nazarí de Granada como contrapunto de la política exterior de Castilla, Antequera se convertiría progresivamente en un objetivo militar fronterizo de primer orden para los monarcas castellanos y, sobre todo, para los nobles y las ciudades andaluzas de Sevilla y Córdoba. En este sentido, Alfonso X había prometido en 1266 al célebre maestre de Santiago don Pelay Correa la donación de las villas de Antequera y Archidona, cuando las ganase para la corona castellana. Jamás sucedió. Pues la presencia, casi continua, de los benimerines en la plaza de Ronda y en su comarca, como aliados naturales de los granadinos desde 1275 y al menos hasta 1369, hizo que *Antakira* jugase un destacado papel en las incursiones de los norteafricanos en las campañas andaluzas, como bien señalan con detalle algunas de las crónicas cristianas de la época, especialmente la *Crónica de Alfonso el Onceno* (1312-1350), escrita por Fernán Sánchez de Valladolid.

En efecto, conocemos perfectamente cómo, tras la conquista de la plaza de Teba (1330), Antequera se convirtió en el objetivo militar preferente de los cristianos. En 1338, el infante maríní Abul-al-Malik, hijo del sultán de Fez, Abul-Hassan, tras cruzar el

ANTEQUERA SE CONVIRTIÓ PROGRESIVAMENTE EN UN OBJETIVO MILITAR FRONTERIZO DE PRIMER ORDEN PARA LOS MONARCAS CASTELLANOS

Estrecho de Gibraltar desembarcaba en Algeciras e instalaba parte de sus contingentes militares en Ronda, tal vez con la intención de saquear las poblaciones de la baja Andalucía.

OBJETIVO MILITAR. La respuesta de Alfonso XI, en el verano de 1339, fue la organización en la ciudad de Sevilla de una gran expedición militar que durante más de 15 días y al mando del Adelantado de la Frontera, Gonzalo Martínez de Oviedo, maestre de Alcántara, “acordó que sería bien talar los panes e las viñas de aquella villa de Ronda, e de Archidona, e de Antequera”. Unos años más tarde, en 1361, el canciller Pedro López de Ayala, autor de la *Crónica de Pedro I* (1350-1369), relata con detalle la incursión del monarca castellano, en compañía de su aliado granadino Muhammad V y de gran parte de la nobleza andaluza, por la vega de Antequera con intención de saquear el territorio antequerano contra el “rey Bermejo”.

Desde finales del siglo XIV, *Antakira* aparece en las fuentes castellanas y granadinas —entre ellas las del ministro de Yusuf I y Muhammad V el poeta e historiador Ibn al-Jatib— como una villa fronteriza próspera y bien fortificada, con excelentes defensas en el eje central de una importante y decisiva encrucijada de caminos, desde el reino de Granada a la Andalucía del valle del Guadalquivir. Sin duda por ello, para el poderoso concejo de Sevilla —para la nobleza y las oligarquías urbanas hispalenses— con notables intereses económicos, agrícolas y ganaderos en la campiña meridional —en la banda morisca— la plaza de Antequera constituirá, claramente y hasta su conquista en 1410, un enclave peligroso y amenazante.

Las crónicas locales hispalenses, como los célebres *Anales Eclesiásticos y Seculares de la ciudad de Sevilla* de Diego Ortiz de Zúñiga, y la documentación conservada en el Archivo Municipal de Sevilla, abundan en noticias militares, a veces cotidianas y menudas, de la supervivencia diaria fronteriza en las guardas financiadas y puestas estratégicamente por la ciudad de Sevilla para observar y detener, si llegara el caso, los movimientos de tropas musulmanas desde Antequera, en 1405, 1406 y 1407, con la intención de saquear las poblaciones cristianas próximas, como Teba, Écija y Marchena.

El triunfo cristiano en la batalla de los Collejares (Baeza), en 1406, cambiará por completo el sino de Castilla frente a Grana-

Fernando de Trastámara, ambicioso e inteligente, consideró la guerra en la frontera un medio para ganar fama ante la imposibilidad de subir al trono legítimamente.

da, comenzando una nueva etapa de confrontaciones bélicas, entumecidas desde la muerte de Alfonso XI en el cerco de Gibraltar en 1350. Durante el primer decenio del siglo XV, años de frágiles treguas, de complicados golpes de mano, de cabalgadas de una y otra parte, de estratagemas nobiliarias y hasta caballerescas, muy localizadas en la linde contigua y casi siempre de relativa trascendencia militar más allá de la frontera granadina del antiguo reino de Sevilla, se acrecienta en toda Andalucía la figura excepcional —inteligente y ambiciosa— del infante don Fernando, *el de Antequera*, hermano activísimo de un monarca enfermizo como Enrique III (1379-1406) y, más tarde, tras su muerte, lúcido regente del joven príncipe Juan II (1406-1454).

Las empresas militares del infante por las fronteras sevillanas —con éxitos militares en las tomas de las villas de Pruna, Zahara y el castillo de Ayamonte; pero también con sonados fracasos ante los muros de la localidad de Setenil entre 1406 y 1408— frenaron todas las actividades bélicas de Muhammad VII de Granada en las fronteras cordobesas y jienenses, y, lo más importante, obligaron a su sucesor, Yusuf III, a firmar la paz con Castilla con reiteradas prórrogas, al menos, hasta abril del año 1410.

En este contexto general, la futura campaña de *Antakira* no sólo supondría de inmediato el final de esta breve etapa de reactivación bélica fronteriza, si bien de relativas conquistas territoriales, sino básicamente el soporte de la proyección política internacional del infante don Fernando en Castilla y, sobre todo, en la Corona de Aragón. Además, las expediciones militares del regente por la frontera perfeccionaron un nuevo modelo o “método moderno” de entender y justificar las relaciones bélicas con Granada, anticipando casi tres cuarto de siglo lo que se pondría en práctica, con más detalle, en tiempos de los Reyes Católicos, en la toma de Ronda (1485), Loja (1486) y Málaga (1487).

Pero sobre todo, estas expediciones militares de los primeros años del siglo XV confirmaban, ante la sociedad política castella-

na y andaluza del momento, las verdaderas intenciones de don Fernando. Pues las campañas fronterizas del infante estuvieron en íntima conexión con la justificación y proyección exterior de su *carrera política* y sus notables anhelos de poder, especialmente después de la muerte de su hermano Enrique III en diciembre de 1406 y ante la imposibilidad de acceder con garantías de éxito al trono de Castilla, ahora en poder de su sobrino, el joven monarca Juan II.

EL INFANTE. Unida a la memoria histórica medieval de la conquista de la ciudad de Antequera en 1410 ha quedado para siempre la figura extraordinaria del infante castellano don Fernando de Trastámara (1380-1416). Hijo segundo del monarca Juan I de Castilla y de Leonor de Aragón, hermana del rey aragonés Martín I, *el Humano*, tenía escasas posibilidades legítimas de acceder al trono de su padre, a pesar de que su hermano mayor y heredero, el futuro Enrique III, *el Doliente*, presentara ya desde niño una frágil y delicada salud. Sin duda, por ello el infante don Fernando recibió, aun en vida de su padre, la confianza de la corte regia con responsabilidades de



Detalle del óleo de Manuel Aguirre y Monsalve (1851-1854). Dip. Prov. de Zaragoza.

gobierno y vastas gestiones militares en todo el reino castellano. Al alcanzar la corona su hermano en 1390, el infante don Fernando, ya duque de Peñafiel y señor de Medina del Campo, inicia una meteórica escalada política y social, al teórico servicio del fortalecimiento de la monarquía, al casarse en 1395 con su tía Leonor de Alburquerque, señora de Haro, con amplios dominios tam-



La Crónica de Juan Segundo describe al detalle el día a día de la toma de Antequera.

Romance del moro de Antequera

■ La conquista de Antequera dio lugar a la “recreación” en el siglo XVI del romance fronterizo anónimo titulado *De Antequera partió el moro*. El romance, con sus limitaciones poéticas, es de gran interés histórico.

*De Antequera partió el moro
tres horas antes del día,
con cartas en la su mano
en que socorro pedía.
Escritas iban con sangre,
más no por falta de tinta.
El moro que las llevaba
ciento y veinte años había,
la barba tenía blanca,
la calva le relucía [...]
—Bien seas venido, el moro,
buena sea tu venida.
—Alá te mantenga, el rey,
con toda tu compañía.
—Dime, ¿qué nuevas me traes
de Antequera, esa mi villa?
—Yo te las diré, buen rey,
si tú me otorgas la vida.
—La vida te es otorgada,
si traición en ti no había.
—¡Nunca Alá lo permitiese
hacer tan gran villanía!
mas sepa tu real alteza
lo que ya saber debía,
que esa villa de Antequera
en grande aprieto se vía,
que el infante don Fernando
cercada te la tenía [...]*

bién en Castilla y Extremadura. Lo que le convirtió, casi de inmediato, en el noble más poderoso del reino de Castilla.

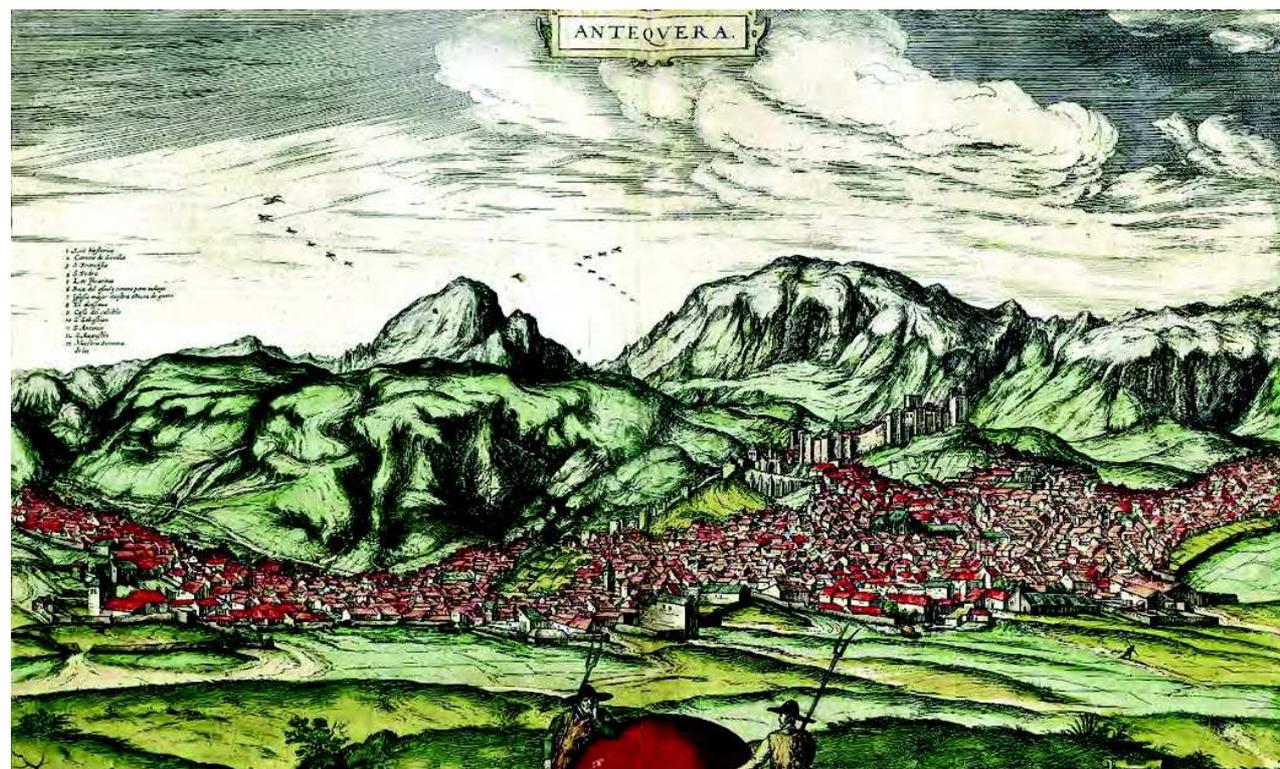
Durante estos años y hasta 1405, con el nacimiento de su sobrino y heredero, el futuro rey Juan II, don Fernando hace de la villa de Medina, por sus célebres ferias internacionales, un centro de negocios de primer orden en toda Europa. Las influencias extranjeras se dejan sentir no sólo en la villa, sino en el propio temperamento piadoso y benéfico de don Fernando, de su familia y de sus vasallos directos. Encarna el infante el mejor modelo romántico del ideal castellano de la caballería más heroica, religiosa y militar de su tiempo. Lo que se manifiesta en la fundación, el 15 de agosto de 1403, en la Iglesia de Ntra. Sra. de la Antigua de Medina del Campo, de la mítica Orden de la Jarra y el Grifo, cuya función, al margen del culto mariano, era cierta diferenciación social —no exenta de vanidad—

entre los componentes nobiliarios castellanos que disfrutaban de la confianza del infante, incluso con signos identificativos propios: túnicas blancas y una jarra con azucenas como singular insignia votiva. Hoy, Antequera lleva en su escudo municipal los antiguos símbolos del infante castellano y también de su orden.

La gran fortuna heredada y adquirida en Castilla, el noble espíritu caballeresco, no excusado de cierto romanticismo nobiliario, y los éxitos militares fronterizos no pueden ocultar, sin embargo, que el infante era un hombre de grandes cualidades políticas y militares. Con tacto diplomático ante su hermano el rey Enrique III y sin grandes ostentaciones aristocráticas entre sus iguales, pero meticulosamente y con paso siempre firme, fue desarrollando un ambicioso programa de proyección exterior de su imagen en Castilla y en la Corona de Aragón. Su prudencia, habilidad y suerte le permitieron

progresivamente gobernar Castilla sin rivales peligrosos, especialmente después de la muerte de su hermano en 1406, llegando a ser en Andalucía un auténtico ídolo militar y espejo nobiliario de los grandes linajes de toda la frontera.

Efectivamente, el testamento del monarca castellano dejaba al infante como tutor de su sobrino Juan II, juntamente con su madre Catalina de Lancaster. Las desavenencias entre ambos —no olvidemos que Catalina era nieta de Pedro I y don Fernando lo era de su hermano y fratricida Enrique II de Trastámara, situación ésta que recogen, a veces con evidente ucronía, tanto la *Crónica de Juan Segundo*, de Alvar García de Santa María, como también la *Historia de Fernando de Aragón*, del italiano Lorenzo Valla, e incluso los *Anales de Aragón*, de Jerónimo Zurita— serían avivadas por parte de la nobleza castellana hasta alcanzar, en 1407, la división del reino en dos sectores diferenciados;



Representación de Antequera, realizada por Joris Hoefnagel en 1564 para el *Civitates Orbis Terrarum*.

correspondiendo al infante el gobierno del sector sur, desde la sierra de Guadarrama hasta la frontera con el reino nazarí.

En este sentido, el infante don Fernando, como tutor del monarca, interviene en Andalucía, continuando en cierta medida las campañas militares fronterizas proyectadas por su hermano en 1406 tras las Cortes de Toledo, que su prematura muerte le impediría consumir. Pero las actividades bélicas andaluzas que concluyen en 1410 con la sonada toma de Antequera —la conquista más importante de Castilla desde la de Algeciras en 1344— fueron en realidad vehículos excepcionales para la promoción política y social del infante, más allá de los círculos cortesanos del poder castellano. Fernando de Trastámara, hombre ambicioso e inteligente, debió considerar que la guerra en la frontera acrecentaba su *fama* y la de los miembros de su poderoso linaje, ante la imposibilidad material de acceder legítimamente al trono castellano.

En cierta medida, la guerra fronteriza se convirtió en una cortina de humo para desviar la atención interior nobiliaria ante la promoción política y señorial de sus hijos y conseguir la unidad nacional frente al enemigo nazarí. De este modo, sus anhelos caballerescos de prestigio lo consolidaban como paladín de la cristiandad peninsular, creando incluso una aureola de prestigio internacional en la Corona de Aragón, en la Santa Sede y en gran parte de Europa Occidental.

Sevilla y la conquista de Antequera

■ El Archivo Municipal de Sevilla custodia una interesante documentación sobre la participación humana y financiera de su jurisdicción en la conquista de Antequera. Con la lectura seriada de esta documentación desde 1406-1412 se puede comprobar cómo Sevilla tuvo un destacadísimo papel en las campañas militares del infante don Fernando, además de participar en su repoblación, guarda y defensa. Veamos, por ejemplo, el alarde y reparto de hombres realizado en la localidad de Manzanilla para la campaña de Antequera en 1410:

- Caballeros de cuantía 9
(le corresponde presentar 10)
- Ballesteros 7 (c.p. 30)
- Lanceros 30 (c.p. 40)
- Pobres 2
- Viejos y pobres 3
- Cojos 2
- Lisiados 9
- Muertos 4
- Idos: Marchena (3), Villalba (5), Paterna (2), Benafique (1), Palma (1), Triana (2), Escacena (1), desconocidos (2).
- Otros (4) que no sirven.

Pero es que, además, la guerra fronteriza en Andalucía era en sí misma una fuente inagotable de poder. Por un lado, le proporcionaba contingentes militares más o menos nutridos; lo que era verdaderamente comprometido para parientes regios tan ambiciosos como era el caso del infante. Por otro, le otorgaba significativos subsidios económicos que podían ser utilizados para intereses personales; como sucedió con los votados en las Cortes de Valladolid de 1411, pues se gastaron mayormente en sus pretensiones al trono de la confederación catalano-aragonesa.

Justamente, la muerte sin descendencia directa legítima de su tío materno, el monarca Martín I, en 1410, le permitió presentar su candidatura regia a la Corona de Aragón. Cuenta con notables apoyos; la familia aragonesa de los Urrea, la valenciana de los Centelles, el famoso fraile y predicador Vicente Ferrer y, sobre todo, del cuestionado *Papa Luna*, Benedicto XIII. En su contra tuvo, entre otros candidatos, al poderoso conde don Jaime de Urgel, pariente del monarca difunto, que cuenta también con el respaldo de la mayor parte de la nobleza y de las ciudades de Cataluña. La contienda terminaría, como es bien sabido, en el Compromiso de Caspe, entre el 24 y 28 de junio de 1412, con la elección del infante don Fernando de Trastámara, *el de Antequera*, como Fernando I, rey de la Corona de Aragón.

Antequera y la novela morisca

■ La fama de la conquista de Antequera y las acciones militares y heroicas de sus nobles caballeros cristianos fueron mitificadas durante el siglo XVI en tramas históricas de novelas y romances fronterizos entre cristianos y musulmanes. En la novela morisca titulada *Historia del Abencerraje y la Hermosa Jarifa*, obra anónima de 1561-1565, se cuenta la historia, caballeresca y romántica, del moro granadino Abindarraez, del poderoso linaje de los Abencerrajes, de su amada Jarifa y del cristiano don Rodrigo de Narváez, vasallo del infante don Fernando de Trastámara y primer alcaide de Antequera. Este noble antequerano se muestra en la novela como el prototipo del caballero cristiano fronterizo; esforzado y decidido en la lucha contra los musulmanes, virtuoso administrador en la guarda y defensa de su plaza, fiel siempre a su señor el rey castellano, pero al mismo tiempo generoso y respetuoso con el granadino vencido, con su cultura y su religión. Por su parte, Abindarraez tiene todos los caracteres del “moro idealizado” tras la conquista de Granada; gentil y poderoso, hermoso y valiente, fiel a la palabra dada y dignidad moral hacia los suyos en la derrota y en la victoria. Espejos ambos —tanto el alcaide de Antequera como el noble Abencerraje de Granada— de una caballería épica y sublimada como forma de vida en la frontera.

Este fue el hombre, el político y militar insaciable, que el 21 de abril de 1410 partía con su ejército desde la ciudad de Córdoba hacia Écija con el firme propósito de conquistar definitivamente la plaza de Antequera.

DÍAS DE PODER Y GLORIA. La campaña de Antequera fue un éxito militar; aun a pesar de que el infante encontrase ciertas resistencias a la misma dentro de su propio consejo, especialmente de quienes pensaban mejor acudir al Estrecho de Gibraltar o bien saquear la vega de Granada, habida cuenta el reducido número de combatientes disponibles en aquella primavera de 1410. Pero una vez más, prevaleció el interés de don Fernando.

En realidad, desde el fracaso ante los muros de Setenil en el año 1407, el infante



Imagen actual de la Alcazaba de Antequera que tuvo que rendirse al ejército castellano.

no había dejado ningún cabo suelto en la frontera.

La experiencia de todo lo sucedido, incluso en Pruna y Zahara, se convirtió en su principal argumento. Sin duda por ello, en la campaña antequerana el ambicioso tutor de Juan II tendría en cuenta un conjunto de factores de vital importancia: unas infraestructuras económicas suficientes y con el apoyo decidido de las cortes castellanas; un ejército, si bien reducido, muy leal, operativo y, sobre todo, experimentado en esta modalidad bélica fronteriza, de 16.000 jinetes y 40.000 infantes; notables medios auxiliares de la poliorcética y máquinas de asalto más modernas de su época; y por último, una estudiada sugestión anímica de orientación mítico-providencialista de todos los combatientes, pues la hueste se acompañaba siempre de estandartes, banderas y símbolos divinos y marianos, de la imagen de Santiago, de la espada de San Fernando, traída en solemne procesión desde Sevilla, y del pendón de San Isidoro de León como distintivos cristianos de la *legitimidad reconquistadora*.

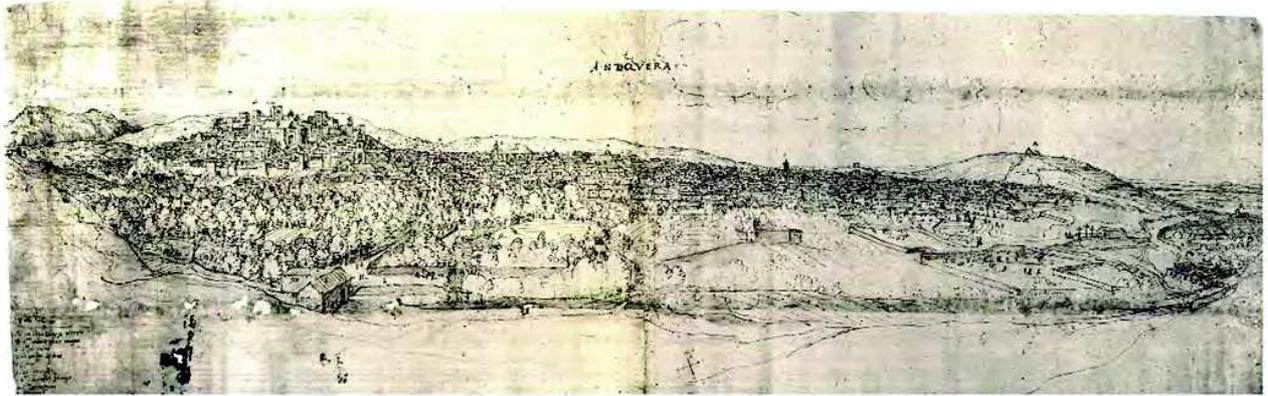
La *Crónica de Juan Segundo*, en la magnífica edición crítica que realizara don Juan de Mata Carriazo para la Real Academia de la Historia, describe con detalle el día a día de las brillantes operaciones, abundando en la indefensión de la plaza ante la inesperada y sorprendente llegada de los castellanos, el 26 de abril de 1410, y en los rápidos movimientos de las tropas granadinas realizados por Yusuf III para ayudar a los antequeranos. Lo que recoge el *Romancero viejo castellano* en el bello romance titulado “De Antequera partió el moro”.

Completado el cerco con la ocupación estratégica de los cerros y terrenos periféricos, la suerte del sitio de Antequera viró definitivamente

a favor de los castellanos tras el triunfo cristiano de Boca del Asno. Un notable contingente granadino —según las crónicas de 5.000 jinetes y 80.000 peones— al mando de Sidi Alí y Sidi Ahmed, hermanos del monarca nazarí, que acudía al socorro de Antequera, fue derrotado por el infante el día 6 de mayo de 1410.

La noticia de lo sucedido animó a la tropa y corrió por las localidades andaluzas y castellanas; al tiempo que la desesperanza cundía entre los antequeranos, a pesar de las estratagemas para conseguir ganar tiempo. Pero el auxilio militar de Yusuf III —esperado por unos y temido por otros— nunca llegó a Antequera. Por lo que tras varios intentos frustrados de escalar las murallas, el infante don Fernando se decidió definitivamente por asaltar la plaza con toda su maquinaria bélica el 16 de septiembre de 1410, obligando al alcaide musulmán local Alkahmen a pactar con los emisarios castellanos, el obispo de Palencia Sancho de Rojas y el conde don Fadrique, las condiciones de la irreversible capitulación.

La propaganda castellana posterior glosaría en las crónicas nobiliarias los nombres de los caballeros cristianos que alcanzaron, en heroicas acciones militares en la toma de Antequera, justo premio y fama, entre ellos los vasallos directos del infante, Juan Gutiérrez de Torres, maestre de las bastidas, Juan de Sotomayor, que cruza el foso entrando en la villa por el Postigo de la Estrella, García Fernández Manrique, Carlos Arellano, Pedro Alonso Escalante, Alonso Tenorio, adelantado de Cazorla, Pedro García de Herrera, mariscal del rey, Álvaro de Ávila, camarero del infante, y el célebre Rodrigo Narváez, primer alcaide de la Antequera cristiana.



Antequera, pintada por Antón van den Wyngaerde a finales del siglo XVI.

LA SUERTE DE LOS VENCIDOS. Las condiciones de la rendición, precedidas por notables desavenencias entre cristianos y musulmanes, fueron las practicadas por Castilla en otras localidades fronterizas, ya desde los tiempos de Alfonso XI. Según la *Crónica de Juan Segundo*, en la edición de Cayetano Rosell para la *Biblioteca de Autores Españoles*, en un primer momento los antequeranos solicitaron a los emisarios del infante, no sólo la libertad personal, sino también algunas bestias de carga para salir de Antequera con los bienes muebles que les pertenecían y vender a los cristianos todo lo que no podían llevarse consigo. A lo que don Fernando se negó en rotundo; pues “lo que quería era esto: que fuesen sus captivos, é que diesen luego los Christianos que ahí tenían, é perdiesen todo cuanto tenían”. Los antequeranos le respondieron “que ante querían morir que otorgar en tal pleytesia, é que juraban por su Ley de quemar toda la villa é morir allí”.

Por la mediación del obispo de Palencia, don Sancho de Rojas, y del conde don Fadrique, tío del infante, se llegó a un acuerdo final: los moros entregarían al infante el castillo y todas sus armas son sus abastecimientos y los cautivos cristianos, que resultaron ser algo más de 40. A cambio, los castellanos les otorgaron un millar de bestias para trasladar sus bienes a Archidona. El 24 de septiembre de 1410, los musulmanes entregaron la torre del homenaje, ese mismo día y el siguiente comenzó a salir la población musulmana vencida. Según la *Crónica de Juan Segundo*, 2.528 personas (hombres de armas, 895; mujeres, 770; niños y niñas, 863). Durante dos días los moros de Antequera pudieron vender libremente sus propiedades en el real de los castellanos, algunos —50 hombres— murieron allí mismo por las heridas de la guerra; otros por enfermedad camino ya de Archidona o de Granada.

Inmediatamente, el infante ordenó a Rodrigo de Narváez la organización defensi-

va y militar de la nueva plaza cristiana, vacía ya de moros; mientras, él mismo se ocupaba de redondear la conquista de Antequera preparando la toma de algunas fortalezas próximas: Aznalmara, Cauche y Xébar.

El 1 de octubre de 1410, don Fernando, en solemne procesión desde el real de los cristianos, entraba en Antequera para “bendecir la Mezquita de los moros que estaba dentro de castillo...é dixose ende Misa cantada e predicada, é bendixieron sus altares, é pusieron nombre San Salvador, y estuvo ese día el Infante e todos los Grandes en la villa”. El 3 de octubre abandona Antequera en dirección a Sevilla, donde fue recibido por las autoridades religiosas y municipales de la ciudad, el 14 del mismo mes, con una grandilocuente entrada triunfal hasta la iglesia mayor de Santa María, llena de simbolismo religioso y caballeresco, con juegos de cañas y danzas, ante los sevillanos fascinados con tan magno espectáculo —del que

formaban parte también como prisioneros los moros antequeranos vencidos con sus banderas abatidas— y “en la forma en que suelen rescebir a los Reyes” a pesar de las inclemencias del tiempo.

LOS NUEVOS ANTEQUERANOS. El alcaide Rodrigo de Narváez, doncel y vasallo directo del infante don Fernando, recibiría el encargo de organizar el nuevo poblamiento cristiano de Antequera, siguiendo los modelos ya experimentados en otras localidades andaluzas fronterizas próximas del antiguo reino de Sevilla, como Olvera y Teba. El 20 de octubre de 1411, los nuevos antequeranos recibieron un conjunto de franquezas y privilegios, económicos, fiscales y militares tendentes a consolidar el débil poblamiento; librándose por parte de los tutores de Juan II pagas y rentas extraordinarias y anuales para la tenencia y guarda de la plaza, atendiendo además a la condición socio-militar de sus pobladores: caballeros, ballesteros y lanceros. La posición estratégica de la plaza requería durante el siglo XV del esfuerzo económico —las famosas levas de pan— de localidades vecinas como Córdoba, Écija y sobre todo Sevilla, a cuya jurisdicción eclesiástica quedaría Antequera vinculada desde 1410 a 1487.

La firma de treguas con Granada en 1413 aseguraba en la frontera la tranquilidad necesaria para llevar a cabo la consolidación de la actividad repobladora, como se comprueba en la merced real de 18 de noviembre de 1414, que confirmaba a los vecinos de Antequera las heredades, casas, viñas y huertas y otros bienes repartidos por Rodrigo de Narváez y por Gonzalo García de Eslava; al tiempo que se dotaba de bienes de propios y término al nuevo concejo antequerano. Para entonces, el infante don Fernando de Trastámara, *el de Antequera*, era ya Fernando I, flamante monarca de la Corona de Aragón. Pero esa es, evidentemente, otra historia. ■

Más información

Alijo Hidalgo, Francisco

Antequera y su tierra, 1410-1510. Libro de Repartimientos.

Argual. Málaga, 1983.

López Estrada, Francisco y otros

La toma de Antequera.

Antequera, 1964.

Suárez Fernández, Luis

Nobleza y Monarquía. Punto de vista sobre la Historia política castellana del siglo XV.

Universidad de Valladolid. 1975.

García de Santa María, Alvar

Crónica de Juan II de Castilla.

Edición de J.M. Carriazo. Real

Academia de la Historia. Madrid,

1982 y también la edición de C. Rosell.

Biblioteca de Autores Españoles.

Madrid, 1953.